

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7).



En el Evangelio de Mateo, el discurso de la montaña va tras el inicio de la vida pública de Jesús. La montaña se considera el símbolo de un nuevo monte Sinaí, en el que Cristo ofrece su «ley» como nuevo Moisés. El capítulo anterior habla de grandes masas que comenzaron a seguir a Jesús y a las cuales Él dirigía sus enseñanzas. En cambio, este discurso lo dirige Jesús a sus discípulos, a la comunidad naciente, a los que más tarde serían llamados cristianos. Jesús presenta el «reino de los cielos», núcleo central de su predicación (cf. Mt 4, 23; 5, 19-20); y, dentro de este, las bienaventuranzas representan su manifiesto programático, el mensaje de la salvación, una «síntesis de toda la Buena Nueva, que es la revelación del amor salvífico de Dios»¹.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

¿Qué es la misericordia? ¿Quiénes son los misericordiosos? La frase comienza por la palabra «bienaventurado/s»¹, que significa feliz, afortunado, y adquiere también el sentido de ser bendecido por Dios. En el texto, entre las nueve bienaventuranzas, esta se encuentra en el lugar central. Las bienaventuranzas no pretenden representar comportamientos que son objeto de premio, sino auténticas oportunidades para ser un poco más parecidos a Dios. En particular, los misericordiosos son aquellos que tienen el corazón lleno de amor a Él y a los hermanos, un amor concreto que se inclina hacia los últimos, los olvidados, los pobres, hacia quienes necesitan este amor desinteresado; de hecho *Misericordia* es uno de los atributos de Dios²; Jesús mismo es misericordia.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

Las bienaventuranzas transforman y revolucionan los principios más comunes de nuestro modo de pensar. No son simples palabras de consuelo, sino que tienen el poder de cambiar el corazón, tienen la capacidad de crear una nueva humanidad, hacen eficaz el anuncio de la Palabra. Es necesario vivir la bienaventuranza de la misericordia también con nosotros mismos, reconocernos necesitados de ese amor extraordinario, sobreabundante e inmenso que Dios tiene por cada uno de nosotros.

La palabra misericordia, *rahamim* en hebreo, deriva del hebreo *rehem*, vientre materno, y evoca una misericordia divina sin límites, como la compasión de una madre por su niño. Es «un amor que no mide, abundante, universal,

concreto. Un amor que tiende a suscitar la reciprocidad, que es el fin último de la misericordia. [...] Así pues, si hemos sido víctimas de alguna ofensa o de alguna injusticia, perdonemos y se nos perdonará. ¡Seamos los primeros en tener piedad, compasión! Aunque parezca difícil y audaz, preguntémosnos ante cada prójimo: ¿cómo se comportaría su madre con él? Es un modo de pensar que nos ayuda a entender y a vivir según lo que Dios quiere»³.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

«A los dos años de matrimonio, nuestra hija y su marido decidieron separarse. La acogimos de nuevo en nuestra casa, y en los momentos de tensión procurábamos quererla con paciencia, comprensión y perdón en el corazón, mantener una relación de apertura para con ella y su marido, y sobre todo esforzándonos en no juzgar. Al cabo de tres meses de escucha, ayuda discreta y mucha oración, se volvieron a juntar con consciencia, confianza y esperanza renovadas»⁴.

Y es que ser misericordiosos es más que perdonar. Es tener un corazón grande, tener prisa por borrarlo todo, por quemar completamente todo lo que pueda obstaculizar nuestra relación con los demás. La invitación de Jesús a ser misericordiosos consiste en ofrecer un camino para acercarnos de nuevo al designio originario, de modo que podamos transformarnos en aquello para lo que hemos sido creados: para ser a imagen y semejanza de Dios. (CN)



Letizia Magri

¹ C. LUBICH, Palabra de vida, noviembre 2000, en *Ciudad Nueva* n. 370 (11/2000), p. 24.

² En griego *makarios*, que se usa tanto para describir una condición de fortuna, de felicidad de los seres humanos, como para indicar la condición privilegiada de los dioses respecto a la de los seres humanos.

³ En hebreo *hesed*, es decir, amor desinteresado y acogedor, dispuesto a perdonar.

⁴ C. LUBICH, Palabra de vida, noviembre 2000, en *o. cit.*, p. 25.

⁵ Experiencia tomada de la web: www.focolare.org